



El último lapón
Olivier Truc

DESTINO

El último lapón

Olivier
Truc

Traducción
de Joan Riambau Möller

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1271

I

Lunes, 10 de enero
Noche polar

09.30 horas. Laponia central

Era el día más extraordinario del año, el que alumbraba todas las esperanzas de la humanidad. Al día siguiente renacería el sol. Desde hacía cuarenta días, los hombres y las mujeres del *vidda* sobrevivían con el corazón encogido, privados de esa fuente de vida.

Klomet, policía y racional, y racional por ser policía, veía en ello la intangible señal de un pecado original. ¿Por qué, de lo contrario, se habría de imponer a los seres humanos semejante sufrimiento? Cuarenta días sin arrojar sombra, aplastados contra el suelo como los insectos al arrastrarse.

¿Y si al día siguiente no aparecía el sol? Klomet era racional puesto que era policía. El sol saldría de nuevo. El *Finnmark Dagblad*, el diario local, incluso había anunciado en su edición de la mañana a qué hora acabaría la maldición. Qué bello era el progreso. ¿Cómo pudieron soportar sus antepasados no poder leer en el periódico que el sol iba a reaparecer tras el fin del invierno? Tal vez no sabían qué era la esperanza.

Al día siguiente, entre las 11.14 y las 11.41 horas, Klomet volvería a convertirse en un hombre con sombra. Y, un día más tarde, conservaría su sombra cuarenta y dos mi-

nutos más. Cuando el sol se ponía manos a la obra, las cosas iban deprisa.

Las montañas recuperarían su relieve y su magnificencia. El sol se derramaría por el fondo de los valles, daría vida a perspectivas adormiladas y despertaría la dulce y trágica inmensidad de las mesetas semidesérticas de la Laponia interior.

Pero, de momento, el sol no era más que un brillo de esperanza que se reflejaba en las nubes anaranjadas y rosáceas que corrían por encima de las cumbres de nieve azulada.

Como en todas las ocasiones en que se hallaba frente a ese espectáculo, Klemet pensó en su tío Nils Ante, reconocido como uno de los mejores cantantes de yoiks de la región. Con su punzante canto gutural, su tío relataba los misterios y las maravillas del mundo.

Nils Ante había mecido toda la infancia de Klemet con sus mágicos yoiks, unos cuentos fascinantes que superaban con creces los libros que los pequeños noruegos leían en sus casas. Klemet no había necesitado libros. Había tenido al tío Nils Ante, pero, a diferencia de él, nunca había sabido cantar y estimaba que era indigno describir con palabras la naturaleza que lo rodeaba.

—¿Klemet?

A veces, cuando, al igual que ese día, patrullaba por aquella inmensa meseta desértica llamada vidda, se regalaba una pequeña pausa nostálgica. Sin embargo, abrumado por el recuerdo del yoik y nulo para la poesía, callaba.

—¿Klemet? ¿Me sacas una foto, con las nubes detrás?

Su joven colega le tendió la pequeña cámara que había sacado de su mono azul marino.

—¿Crees que es un momento oportuno para hacer fotos?

—No es peor que fantasear —le respondió ella pasándole el aparato.

Klemet refunfuñó. Ella siempre tenía respuesta para

todo. A él, en cambio, las buenas respuestas siempre le venían a la cabeza demasiado tarde. Se quitó las manoplas. Sería mejor acabar con aquello cuanto antes. El cielo estaba despejado y, por ello, el frío era aún más riguroso. La temperatura rondaba los veintisiete grados bajo cero.

Nina se quitó el gorro de piel de foca y pelo de zorro y liberó su cabellera rubia. Se subió a su motonieve y, de espaldas a las compactas nubes, dirigió su amplia sonrisa al objetivo. Sin ser de una belleza despampanante, era graciosa y atractiva, con unos ojos grandes y expresivos que delataban hasta su menor sentimiento. A Klemet eso le parecía muy práctico. El policía tomó la foto mal encuadrada a propósito. Nina había llegado a la policía de los renos hacía tres meses, pero ésa era su primera patrulla. Hasta entonces había estado destinada en la comisaría de Kiruna, el cuartel general situado en el lado sueco, y luego en Kautokeino, en el lado noruego.

Harto de sus incesantes peticiones de fotos, Klemet se las apañaba para poner siempre un dedo delante del objetivo. Cuando luego Nina le mostraba el resultado, le explicaba con su amable sonrisa que tenía que procurar colocar los dedos en los lados. Como si él tuviera diez años. No soportaba su tono, pero renunció a poner delante los dedos. Ya encontraría otro recurso.

El viento soplaba ligeramente y, sumado a aquel frío, se convertía rápidamente en una tortura. Klemet echó un vistazo al GPS de su motonieve por puro reflejo, pues conocía aquellas montañas como la palma de su mano.

—Vamos.

Se subió a la motonieve y se puso en camino, seguido de Nina. Al llegar abajo de la colina, recorrió el curso de un arroyo invisible, cubierto de hielo y de nieve. Desplazaba su cuerpo para evitar las ramas de abedul y, a fin de tener la conciencia tranquila, se volvía de vez en cuando para asegurarse de que Nina iba tras él. Había que reconocer, sin embargo, que ella ya dominaba perfecta-

mente el vehículo. Continuaron así una hora y media, encadenando colinas y valles. Al aproximarse a la cima de Ragesvarri, la pendiente era cada vez más abrupta. Klemet se incorporó sobre la moto y aceleró, con Nina detrás. Dos minutos más tarde, se hizo el silencio.

Klemet se quitó el casco, bajo el que llevaba el gorro, y sacó unos prismáticos. De pie sobre el estribo de la motonieve, con una rodilla sobre el asiento, observó largo rato los alrededores, escrutando las crestas de las colinas en busca de manchas movedizas sobre la nieve. Luego sacó un termo y le ofreció café a Nina. Ella avanzó hacia su motonieve, hundiéndose hasta las pantorrillas en la nieve en polvo, y llegó hasta él trabajosamente. Los ojos de Klemet centelleaban con malicia, pero contenía su sonrisa. Esto por la foto, se dijo.

—Parece bastante tranquilo, ¿verdad? —constató ella entre dos sorbos.

—Sí, eso parece. Johan Henrik me ha dicho que su manada empezaba a dispersarse. Sus renos ya no tienen suficiente comida y, si cruzan el río, el testarudo de Aslak volverá a ponerse hecho una furia; conozco a ese tío.

—¿Aslak? ¿El que vive bajo una tienda? ¿Crees que sus manadas se van a mezclar?

—En mi opinión, ya se han mezclado.

El teléfono de Klemet sonó. El policía se tomó su tiempo para colocarse el teléfono debajo de la orejera de su gorro de piel.

—Policía de los renos, Klemet Nango al habla —respondió.

Escuchó un buen rato, al mismo tiempo que sostenía su taza con ambas manos y, entre sorbo y sorbo, asentía de vez en cuando con un gruñido.

—Sí, estaremos allí en unas horas. O quizá mañana. ¿De verdad no has visto ni rastro de él?

Klemet bebió otro sorbo mientras escuchaba, y luego colgó.

—Bueno, finalmente han sido otra vez los renos de Mattis los que se han largado primero. Era Johan Henrik. Dice que ha visto una treintena de renos de Mattis que han cruzado la carretera y están en sus tierras. Vamos para allá.

2

05.30 horas. Kautokeino

La entrada del museo había sido arrasada. La nieve se colaba por la doble puerta entreabierta. Los cristales rotos se mezclaban con los copos ya endurecidos por el viento glacial.

El haz de los faros de una motonieve que se detuvo bruscamente frente al edificio iluminó la escena.

Con torpeza, debido a su pesada vestimenta, el conductor avanzó dificultosamente hacia la entrada y se frotó de forma enérgica las mejillas tratando de ahuyentar su presentimiento.

Él y su esposa habían aterrizado en aquel espacio ignoto del Gran Norte noruego en la época anterior a la llegada del turismo. Su fascinación por los lapones y su talento como joyeros hallaron en Kautokeino un lugar donde sus dos pasiones podían florecer. A lo largo de los años, Helmut había construido pacientemente con su mujer uno de los espacios más sorprendentes del país: una decena de edificios asimétricos adosados unos a otros, con el valle a sus pies.

Helmut cogió una linterna en la entrada e inició su penoso reconocimiento. Su «ciudad prohibida», como algunos la bautizaron, había desconcertado a ciertos estetas de la laponidad y despertado el recelo de los artesanos sami. No obstante, Helmut aprendió las técnicas laponas para trabajar la plata y se convirtió en uno de los mejores

expertos de la región. Gracias a ello, había dado carta de hidalguía a ese arte desperdigado por el nomadismo y le había ofrecido un ambicioso espacio de exposición. El día en que Isak Mattis Sara, jefe de la *siida* de Vuorje, un poderoso clan lapón al oeste de Karasjok, le trajo la cuna de abedul de su infancia para que la expusiera en el edificio dedicado al modo de vida lapón, comprendió que había ganado la partida. Ahora contaba con una de las mejores colecciones del norte de Europa.

Helmut atravesó la sala siguiente, consagrada a las colecciones de Asia Central. Las joyas de plata y las cerámicas continuaban allí. Todo parecía en orden.

De repente oyó un lejano ruido de pasos sobre los cristales rotos. Debían de venir de la entrada. Se detuvo para escuchar. El eco amortiguado atravesaba las salas. Contuvo la respiración, todo oídos, e, instintivamente, cogió un puñal afgano colgado de la pared y apagó su linterna.

—¡Helmut!

Le llamaban. Exhaló un suspiro de alivio.

—¡Aquí, en la sala afgana! —exclamó a su vez.

Dejó el puñal.

Al cabo de unos segundos, vio aparecer una silueta muy abrigada que avanzaba pesadamente. Por el abombado bulto de la vestimenta, reconoció de inmediato al periodista.

—¡Por Dios, Johan! ¿Qué haces aquí?

—Me ha llamado Berit. Hará media hora, ha visto marcharse una motonieve.

Helmut siguió avanzando, confuso. No parecía faltar nada. ¿Habría roto la puerta un joven borracho? Su impresión aumentó al llegar, por fin, a la última estancia, la «sala blanca», donde se guardaban los tesoros del arte lapón, las piezas de joyería más bellas, de una plata finamente cincelada.

Helmut vio entonces la puerta del almacén. Estaba

abierta, con el pomo arrancado. Alguien se había encarnizado con ella. Se le encogió de nuevo el estómago.

Una luz cruda iluminó la amplia estancia. Había cajas apiladas y numeradas en estanterías de pared. El centro estaba ocupado por unas mesas viejas de pino. Todo se encontraba en orden. Bien, bien. Su mirada se dirigió entonces a la primera estantería. Dos cajas contenían unos camellos de cuerno esculpido fabricados en un taller de Kandahar. Perfecto. El estante de encima, sin embargo, estaba vacío. Sintió un fuerte dolor de vientre. ¡El estante no debería estar vacío! La caja había desaparecido.

Al ver el rostro del alemán, el periodista lo comprendió.

—¿Qué falta?

Helmut estaba boquiabierto y tenía una mirada de estupefacción.

—Helmut, ¿qué falta?

El director del centro lo miró, cerró la boca y tragó saliva.

—El tambor —logró articular.

—¡Joder!

3

11.30 horas. Laponia central

Nina iba encorvada sobre la motonieve y apretaba el acelerador a fondo. Las ramas de los abedules enanos le fustigaban el rostro. El potente vehículo ascendía por la abrupta pendiente con facilidad. La espesa capa de nieve allanaba el relieve y facilitaba el avance. Llegó al *gumpi* sólo unos segundos después de Klemet y, a media altura de una suave colina enclavada en un pequeño valle. Siempre le sorprendía que los ganaderos pudieran vivir en *gumpis* tan precarios durante varias semanas y en pleno invierno, con temperaturas que descendían hasta treinta y cinco grados bajo cero e incluso a cuarenta bajo cero, completamente aislados, a decenas de kilómetros del pueblo más cercano. El viento había ido en aumento y nada en aquellas montañas peladas y desérticas parecía frenarlo, aunque el *gumpi* estaba ligeramente al abrigo, en la falda de la cima.

Tras quitarse el casco, se ajustó el gorro de piel y observó el *gumpi*. Era una mezcla de caravana y de barraca de obras, pero de tamaño más reducido. De la chimenea de hojalata salía humo. De color blanco, estaba montado sobre unos grandes patines que permitían remolcarlo. Los laterales se habían reforzado con chapas de metal. Era feo, pero poco importaba la estética en medio de la tundra.

Nina contempló el batiburrillo delante del refugio: la motonieve del ganadero, un somero banco para cortar

leña con una hacha plantada en uno de los troncos, bidones de hierro o de plástico, dos cajas metálicas apiladas en un remolque de motonieve, trozos de cuerda plastificada aquí y allá e, incluso, la piel y la cabeza de un reno tirados delante del gumpi. La sangre manchaba la nieve. Las vísceras estaban esparcidas entre bolsas de basura desgarradas, sin duda, por un zorro. Nina pasó por la estrecha puerta siguiendo a Klemet, que había entrado sin llamar.

Mattis se incorporó lentamente, restregándose las mejillas.

—*Bores* —lo saludó Klemet.

Como tenía por costumbre, Klemet había aprovechado que aún había cobertura, junto al lago, para llamar a Mattis y avisarle de su llegada.

Nina avanzó a su vez y se inclinó hacia Mattis.

—Buenos días. Nina Nansen. Acabo de empezar en la policía de los renos, patrulla P9 con Klemet.

Mattis le tendió la mano grasienta y ella se la estrechó con una sonrisa.

La joven policía miró a su alrededor, impresionada por el desorden y la suciedad del lugar. El mobiliario era espartano. A lo largo de la pared, a la izquierda, había unas estanterías repletas de bidones de líquidos de colores, latas de conserva y utensilios colgados de clavos, correas de cuero y cuchillos tradicionales. Pensándolo bien, se dijo Nina, la estantería se encontraba relativamente ordenada. Esos objetos debían de ser muy importantes para el pastor. También había una litera.

A la derecha vio una estufa y un banco-arcón. Entre la litera y el banco, una mesa larga y estrecha. La cama de arriba estaba llena de bolsas de plástico de las que sobresalían prendas de vestir y latas de comida. Cuerdas, mantas, un mono de motorista, un grueso capote de piel de reno, varios pares de guantes y un gorro de piel formaban una verdadera pila sucia y desordenada. Mattis estaba tendido

en la cama de abajo, medio cubierto por un grueso saco de dormir extendido sobre pieles de reno. Sobre el saco había varias mantas rasgadas y manchadas de comida y de grasa.

Una gran cacerola hervía a fuego lento sobre la pequeña estufa. A sus pies, otra marmita estaba llena de nieve que se derretía.

Colgados de una cuerda suspendida que atravesaba el gumpi, se secaban dos botines de piel de reno y varios pares de calcetines de dudosa limpieza, así como dos trozos de piel de reno a los que les habían quitado el pelo. Dos pares de gruesas botas de invierno sobresalían de debajo de la estantería.

Nina recorría con los ojos muy abiertos el modesto gumpi. Le habría gustado tomar unas fotos, pero no se atrevía a hacerlo. Estaba sucio, daba repelús. Y era fascinante. Se dio cuenta de que acababa de poner los pies en un mundo desconocido. Aquello sobrepasaba sus entendederas. ¿Cómo se podía vivir así en Noruega, en su propio país? Le recordó un reportaje que había visto en la televisión sobre un campamento gitano en Rumanía. Sólo faltaban los niños medio desnudos. Nina se sentía incómoda, aunque no sabía muy bien por qué. En cambio, Klemet parecía a sus anchas, pero él era de esa región. Él la conocía. Eso era una de las caras del reino escandinavo. Klemet le había explicado que Mattis no vivía allí de forma permanente. ¡Pero ni por esas! ¿Era eso Noruega? En el pueblo de Nina, en el sur de Noruega, los pescadores tenían unas cabañas sobre el agua poco más grandes que aquello. Allí guardaban su barca y sus redes. De niña, a veces iba allí a esconderse para observar los grandes barcos de pesca atracados en el pueblo y a los que su madre le prohibía acercarse. Los hombres traen el pecado consigo, le decía. Su madre veía el pecado por todas partes.

Pero en las cabañas de los pescadores no reinaba aquella pobreza. En ese gumpi tampoco, se dijo Nina unos instantes después. Allí se respiraba desamparo.

Su madre habría sabido ocuparse de aquella pobre alma. Siempre sabía qué decisión tomar, distinguir entre el bien y el mal. Nina se preguntó si Klemet se planteaba las mismas reflexiones o si su colega ya estaría curtido. O si pensaba que semejantes condiciones eran normales.

Mattis los contemplaba a los dos con incertidumbre. Tenía una mirada huidiza.

—Menudo susto que me has dado cuando me has telefonado —le dijo a Klemet, que se instaló frente a él, en la banqueta—. Cuando me has llamado, has dicho «Policía». Vaya canguelo. Habrías podido decir policía de los renos.

Klemet se rió mientras sacaba dos tazas de su mochila.

—Es verdad —prosiguió Mattis—. Si te llama la policía, nunca se sabe en qué marrón te van a meter. Con la policía de los renos, por lo menos, siempre se intuye que no será nada grave. ¿No es cierto?

Klemet parecía contento de su jugada. Sacó una botella de plástico que contenía un líquido transparente.

—¡Ajá! —exclamó Mattis—. ¡A mí no me la vas a pegar!

—No, esta vez es agua —aseguró Klemet.

Mattis se había distendido. Empezó a canturrear, abriendo los brazos hacia Nina, un canto gutural lacerante, entrecortado, áspero a veces, del que Nina no comprendía nada. Debía de ser un yoik de bienvenida. Klemet sonreía escuchándolo.

Nina fue a instalarse en la punta de la banqueta, salpicada de múltiples manchas.

—Antes de sentarte, trae la marmita que hay sobre la mesa —le dijo Mattis.

Nina le dirigió una mirada torva. El otro no había hecho gesto alguno de levantarse.

—Por supuesto —dijo ella sonriendo—. Pareces muy cansado. Era bonito eso que cantabas.

Nina notó que Mattis mostraba signos de ebriedad. No le gustaba ver a la gente en ese estado. Le hacía sentirse

incómoda. Se quitó el gorro y buscó un sitio más o menos limpio donde dejarlo; luego se incorporó graciosamente y llevó la marmita hasta la mesa. Sin esperar, Mattis hundió su tenedor en ella y sacó un pedazo de carne que empezó a masticar; la salsa goteaba sobre el saco de dormir, del que no había salido.

—Yo también tenía un tío que era cantante de yoiks —dijo Klemet.

—Sí, es verdad, tu tío Nils Ante era un buen cantante de yoiks.

—Era capaz de improvisar un canto así allí mismo, delante de ti, para describir un lugar, una persona o algo que acababa de ver y que le había llegado a lo más hondo. Incluso cuando hablaba tenía una voz un poco desgarrada. Yo veía cómo le centelleaban los ojos cuando se disponía a cantar.

—¿Y a qué se dedica ahora tu tío?

—Es viejo. Ya no canta.

Klemet hundió un cuchillo para atrapar un trozo de carne, que puso sobre su fiamblera. Nina le dejaba obrar a su aire. Él estaba acostumbrado a tratar con los ganaderos. Con ellos siempre había que tomarse su tiempo, le había dicho. Nina se preguntó si Mattis tenía en verdad derecho a matar a un reno.

Klemet se inclinó sobre la fiamblera, evidentemente sin prisa alguna por entablar conversación, y vio una tibia.

—¿Puedo? —preguntó a Mattis.

El otro asintió con un gesto del mentón mientras sacaba un paquete de tabaco.

Klemet se disponía a partir la tibia de reno de un golpe de mango del puñal cuando el móvil comenzó a sonar.

—¡Satán! —masculló.

Miró un instante el fino hueso, como si aguardara una respuesta de él. Sólo lo recubrían unos trozos de carne hervida en agua salada. Enfurruñado, se volvió hacia

Mattis. El sami acababa de liarse un cigarrillo. En su barbilla relucían manchas de caldo, y un trocito de carne se había quedado enredado en su barba. Klemet hizo una mueca con el hueso y el puñal aún en mano. Entre timbre y timbre del móvil sólo se oía aquel insensato viento siberiano que helaba el Finnmark desde hacía dos días. Como si los treinta grados bajo cero no fueran bastante.

Mattis aprovechó para sacar un bidón de tres litros de debajo de su cama. Lo dejó sobre la mesa y llenó su taza.

El teléfono seguía sonando. Incluso en pleno vidda, a veces disponían de cobertura telefónica.

De repente, el teléfono dejó de sonar. Klemet miró la pantalla y no dijo nada. Nina lo contempló con insistencia. Su compañero acabó por tenderle el móvil. Nina leyó el nombre que allí aparecía.

—Llamaré más tarde —dijo escuetamente Klemet.

Era evidente que los ganaderos se ponían enseguida nerviosos y se impacientaban cuando dos manadas se mezclaban.

Mattis empujó el bidón hacia Klemet.

—No, gracias.

Miró a Nina, que le dijo que no con la cabeza y le dio las gracias con una sonrisa. Mattis vació la mitad de su taza y entornó los ojos con una mueca.

Klemet volvió a coger la tibia y la partió en dos. Se la tendió a Nina. Ya no había ni rastro de la sonrisa en la cara de la joven, que se había puesto cómoda, medio tendida sobre la banqueta, y se había abierto un poco el mono. En el gumpi reinaba una temperatura casi aceptable.

—¿Te apetece?

—No —respondió ella secamente.

Sentía que, al final, no iba a librarse de la broma favorita de Klemet.

Él se llevó el hueso despacio a la boca, observándola fijamente. Aspiró de forma ruidosa una porción de tué-

tano y se limpió con la manga. Le guiñó un ojo a Mattis y se volvió hacia Nina con los ojos brillantes.

—¿Sabes que esto es la Viagra de los lapones?

Con una mirada ambigua, Mattis examinaba a uno y otro policía, hasta que Klemet se echó a reír.

Nina lo contempló. Sí, pensó, ya se lo había oído por lo menos en dos ocasiones durante aquellos cuatro días de patrulla.

Mostrando una boca desdentada, también Mattis se carcajeó con una risa de loco que sorprendió a Nina. Éste tomó, a su vez, el hueso y aspiró el tuétano con avidez.

—¡Ja, ja, la Viagra de los lapones!

Reía sin poder parar, con la boca muy abierta y los dientes cariados a la vista. De su boca saltaban trozos de carne. Nina se preguntaba qué hacía ella allí, pero no dejó que ello trasluciera. Sabía que Klemet jugaba un poco con ella y esperaba que supiera no pasarse de la raya. Se sentía aún demasiado novata en ese entorno de ganaderos para decirle a Mattis lo que pensaba.

El ganadero le tendió el hueso chorreante a Nina, mientras de la comisura de los labios le caía la baba.

—¡Venga, vamos, la Viagra de los lapones!

Y se echó de nuevo a reír mientras dirigía un rápido vistazo a Klemet. Luego se lanzó a cantar otro yoik, puntuando sus efectos con la mano y con la mirada puesta en Nina, aunque cabía suponer que no la veía realmente. Klemet parecía divertirse con aquella situación. Se enjugaba los lagrimales y observaba a Mattis con una sonrisa.

Sentada aún en un extremo de la banqueta, Nina había doblado las rodillas bajo su mentón y cruzado los brazos alrededor de las piernas. Vestida con el mono de motorista, no era algo tan sencillo. Era su posición de enfurruñada. Ponía mala cara, pero por diplomacia gratificó al ganadero con una educada sonrisa que expresaba su rechazo. Estaba claro que éste no debía de ver a menudo a mujeres por allí.

—Pues yo me siento ya en plena forma —insistió Klemet con una mirada pícaro a Nina.

Y Mattis volvió a ponerse a reír palmeándose los muslos.

—Sí que es guapa, sí —exclamó.

Klemet se incorporó de repente y se sirvió un cucharón de caldo. Al verlo serio de nuevo, Mattis dejó de reír de golpe. Nina se había inclinado para servirse un café, tras rechazar el caldo de reno. Mattis contempló de reojo y con insistencia a la joven, cuyo jersey azul marino marcaba groseramente la forma de sus senos. Luego miró un instante a Klemet y bajó la vista.

Nina se sentía incómoda. Aquel ganadero, con su aire libidinoso, le repugnaba, aunque sabía que sobre todo debía inspirarle piedad.

—Resulta, Mattis, que tus renos han cruzado la carretera. ¿Sabes que están en las tierras de Johan Henrik? Nos ha llamado.

A Mattis le sorprendió el brusco cambio de Klemet. Lo examinó, nervioso, y luego a Nina, pasando de su cara a sus senos.

—¿Ah, sí? —dijo con aparente inocencia.

Se frotaba la nuca, escudriñando a Klemet de reojo.

El teléfono volvió a sonar. Klemet lo cogió sin dejar de mirar a Mattis y colgó aún más rápido que antes. Esta vez, en la pantalla se leía que la llamada provenía de la comisaría de Kautokeino. Deberían esperar.

—¿Y bien? —prosiguió Klemet.

Nina observó al ganadero. Tenía los pómulos altos y el mentón prominente, el rostro de rasgos marcados y una barba bastante poblada para un lapón. Cuando se disponía a hablar, daba la impresión de que iba a comenzar con una mueca, con los ojos entornados y el labio inferior encabalgado sobre el superior; luego abría una boca y unos ojos muy grandes. A pesar del repelús que le inspiraba aquel hombre, Nina se sentía bastante fascinada. Nunca

había conocido a un personaje así. En su pequeño pueblo del sur, a orillas de un fiordo a dos mil kilómetros de allí, no se veía a gente como él. ¡No existía!

—Pues no sé.

Klemet abrió su mochila y sacó unos mapas militares a escala 1:50.000. Apartó la marmita y las latas de judías llenas de colillas. Mattis aprovechó para apurar su taza, con una nueva mueca, y acto seguido volvió a llenarla al ras.

—Mira, estamos aquí. Esto es el río y ahí está el lago por el que tú te diriges al norte durante la trashumancia. En estos momentos, Johan Henrik tiene a sus renos aquí y aquí, en los bosques.

—¿Ah, sí? —dijo Mattis con un bostezo.

—Y los tuyos han cruzado por el río.

—El río...

Rió, hipó y volvió a ponerse serio.

—Ya, pero es que mis renos no saben leer los rastros, ¿sabes?

—Mattis, entiendes perfectamente lo que quiero decir. Tus renos no deben estar en ese lado del río. Sabes que esta primavera será de nuevo un infierno cuando tú y Johan Henrik tengáis que separar las manadas. Os pelearéis, como de costumbre. Ya sabes el trabajo que comporta separarlas.

—Y vigilarlas cuando uno está solo, en pleno invierno en la tundra, ¿acaso no lleva mucho trabajo?

—¿Dónde están tus pastos de invierno? —preguntó Nina.

La joven policía tenía aún una visión teórica de la cría de renos, adquirida rápidamente durante su formación en Kiruna. De niña, a menudo había pastoreado las pocas ovejas que su madre criaba. Lo hacía por puro placer, pues éstas apacentaban solas al fondo del fiordo. En su casa, ser pastor no era un oficio, sino, como mucho, un pasatiempo. Que uno tenga que pasar la noche en plena tormenta helada para cuidar unos renos le parecía increí-

ble. Necesitaba basarse en datos concretos y medibles para comprender.

Mattis volvió a bostezar, se frotó los ojos y bebió un trago de aguardiente. Ignoró así la pregunta de Nina.

—¿Y por qué Johan Henrik se queja tanto? —dijo mirando a Klemet—. No tiene más que llevar sus renos hacia la colina. Él tiene gente.

—Mattis —dijo Nina—, te he preguntado dónde están tus pastos.

La joven había hablado muy tranquila. No podía imaginar que Mattis hubiera pasado por alto expresamente su pregunta.

—Sí, tiene gente —respondió Klemet—, pero de todas formas estás en sus tierras. Así son las cosas. Eres responsable de tu manada.

—¿Y qué? Esas fronteras no las tracé yo. Eso lo hacen los malditos funcionarios de la oficina de gestión de los renos, con sus bonitos lápices de colores y sus rectas reglas en sus calientes despachos.

Mattis bebió un trago, esta vez sin pestañear. Estaba enfadado.

—Me he pasado casi la noche entera vigilando la manada. ¿Crees que es divertido?

—Mattis, ¿podrías, por favor, mostrarme los límites de tus pastos?

Nina le habló con voz dulce.

—¿No tienes a nadie que te eche una mano? —continuó Klemet.

—¿Echarme una mano? ¿Quién?

—A veces te ayuda Aslak.

—Pues esta vez no. Ha sido un invierno de mierda para todo el mundo. Aún debe de estar de morros. Y encima los renos no tienen suficiente comida. No logran romper el hielo y comer el líquen. Y además estoy harto. Y no tengo dinero para comprarles pienso. Así que mis renos van allí donde hay qué pastar. Se comen el musgo

de los troncos de los árboles, en los bosques. ¿Qué puedo hacer yo?

Bebió un trago más largo.

—Pero luego iré a echar un vistazo.

Vació la taza y bostezó largamente.

—¿Quiere la señorita que le lea el futuro?

—A la señorita le habría gustado que le enseñaras los límites de tus pastos.

—Klemet te lo dirá. ¿No quieres saber el futuro? Pues en ese caso me voy a dormir.

Y, sin más cumplidos, volvió a meterse en su saco de dormir.

Klemet alzó la vista y le hizo a Nina una señal de que se marchaban.

Una vez fuera, Klemet fue a echar un vistazo a la motonieve de Mattis, tocó el motor y permaneció un instante observando el vehículo.

—Klemet, ¿por qué Mattis no me contestaba?

—Ya te lo puedes imaginar; aquí el ambiente es muy machista. No están muy acostumbrados a ver mujeres en la tundra en pleno invierno, y menos aún de uniforme. No saben muy bien cómo comportarse.

—Vaya. Y tú sí sabes cómo comportarte.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada. Y bien, ¿dónde están los límites de esos pastos? Tu amigo ha dicho que me los enseñarías.

Volvió a nevar, a pesar del frío. Klemet desplegó el mapa sobre el asiento de la motonieve y le mostró a Nina los pastos.

—En ese caso, si lo que ahora necesita es un bosque, podría llevar su manada hacia el noroeste. Allí hay un bosque grande y está en medio de su zona, lejos de Johan Henrik.

—Sí, tal vez. Quizá ya hayan estado allí. Y a lo mejor la mayor parte de su manada se ha quedado. Si quieres, podemos ir a echar un vistazo —dijo Klemet—. Y luego iremos a ver a Johan Henrik.

Volvieron a montarse en las motonieves. Algunos minutos más tarde, Klemet se detuvo en medio del lago. Sabía que en aquel sitio su teléfono tenía cobertura. El primer mensaje era de Johan Henrik. Parecía muy enfadado. El segundo mensaje, de la comisaría de Kautokeino, aún era más seco. La patrulla P9 debía dejarlo todo y regresar de inmediato. Johan Henrik debería seguir esperando.